

## Recensiones - Reseñas

PAUL EVDOKIMOV, *Le età della vita spirituale*, EDB, Bologna 2009, 276 pp.

Evdokimov (1901-1970) es uno de los mejores teólogos ortodoxos del siglo XX. Fue profesor de teología moral en el Instituto san Sergio de París. Promotor del ecumenismo, participó a la última sesión del concilio Vaticano II (1965) como invitado representante de la Ortodoxia. La obra que reseñamos es considerada sin duda como su obra más importante. ¿Por qué razón? Porque es la que tiene mayor capacidad de convencer a un lector en búsqueda de significado, de inclinar hacia Dios un corazón incierto; porque expone la parte duradera y fecunda, podríamos decir, la esencia de la espiritualidad ortodoxa, en respuesta a la angustia y a la búsqueda de sentido.

La obra abarca tres partes. La primera, titulada *El encuentro*, se desarrolla en torno a la temática fundamental para el siglo XX, aunque también para los tiempos actuales, de ateísmo y Dios, incredulidad y fe (pp. 11-80). En otras palabras, la relevancia de Dios en un mundo sin Dios. El ateo acusa al Omnipotente de ser culpable de todo el mal del mundo. Evdokimov ofrece al ateo tres pistas de reflexión: 1) La extrema debilidad en la que se realiza la omnipotencia cuando crea seres libres: Dios se hace vulnerable hasta la cruz. 2) La obra de Cristo Redentor como vivificación de la humanidad, a partir de su condición más trágica, a través de la kenosis victoriosa del sábado santo, en el que se invierte el sentido de la muerte. 3) La exigencia infinita de amor que se halla en el ser humano, que no es otra cosa sino tensión hacia Dios:

“Tú eres Aquel a quien ama mi alma”.

En la segunda parte, *El obstáculo y la lucha*, expone el autor la teología ortodoxa acerca del pecado y la gracia, la condenación y la salvación, en una visión alejada sea del moralismo rígido de ciertos manuales de su tiempo, sea del antimoralismo libertario y del psicoanálisis encerrado en sí mismo (pp. 81-186). El pecado encierra en una soledad infernal, es una enfermedad del espíritu, que disgrega el alma y el cuerpo, envenena las relaciones humanas y la misma atmósfera cósmica. La gracia, la salvación, aparecen, a su vez, como un nuevo modo de vivir, como una superación en la que el hombre se descentra de su *ego* y se unifica al mismo tiempo en la comunión con los santos y las cosas santas. Al obstáculo del pecado, la gracia divina actúa en el interior del hombre y lo conduce a la ascesis, al combate espiritual para vencer las pasiones y tentaciones provocadoras del pecado.

*Los carismas de la vida espiritual y la ascesis mística*, tal es el tema de la tercera y última parte. Podríamos decir que trata del progreso espiritual, del largo camino ascético-místico para alcanzar la plenitud espiritual del ser humano (pp. 187-265). ¿Cuáles son esos carismas según Evdokimov? El espíritu de discernimiento, el silencio interior, la vigilancia, el arrepentimiento y la humildad; la gozosa muerte, a la que conduce toda la vida espiritual y la ilumina; la oración, particularmente la oración litúrgica. En cuanto a la ascesis, prefiere a la ascesis del dolor, la disciplina de la calma y del silencio para orar y contemplar, para escuchar a Dios y descubrir la presencia de los demás. El hombre que

pregunta, aunque sea fugitivamente, el silencio, la paz, la dulzura de la presencia divina, es ya un asceta-místico, un hombre espiritual, plasmado por el Espíritu Santo. Las palabras con que termina el libro, tomadas de Evagrio, me parecen un buen resumen de esta tercera parte: El hombre espiritual “está separado de todo y unido a todo; es impasible, y de una sensibilidad soberana; está divinizado, y se tiene por la basura del mundo. Estando por encima de todo, es feliz, divinamente feliz”.

### Antonio Izquierdo

PATRICIO SCIADINI, CLAUDIO ROSSINI (EDD.), *Enciclopedia della Pregbiera*, in collaborazione con L. Borriello, E. Caruana e M. R. Del Genio, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2007, 1.331 pp.

En continuidad con dos obras anteriores (Dizionario di mistica, 1998; Nuovo dizionario di spiritualità, 2003), aunque con otro nombre, se presenta la obra que reseñamos. ¿Por qué un cambio de nombre, el paso de diccionario a enciclopedia? El cambio se justifica porque supera el carácter sintético con que se suele exponer un término en los diccionarios, y, consiguientemente, adquiere una sistematicidad y amplitud propias de una enciclopedia; además, el carácter abarcador con que se ha proyectado esta obra, tanto histórica como geográficamente, tanto en ámbito cristiano como en el no cristiano, tanto en su especificidad (oración cristiana) como en su apertura al mundo circundante (cultura, arte, música, filosofía, política...), justifica suficientemente el cambio de diccionario a enciclopedia.

Si bien es verdad que puede haber posturas respecto a la oración, que están en las antípodas, como la de Kant y la del cura de

Ars (p. 7), la historia enseña que la plegaria en todas las épocas “constituye la respiración vital del alma, en la que se expresa nuestra identidad humana y cristiana” (ibídem). Desde esta perspectiva, es muy laudable la publicación de esta enciclopedia porque permite verificar la veracidad de la oración como realidad presente a lo largo de la humanidad y en todas las religiones.

La obra consta de ocho secciones y un apéndice. A continuación presentamos de modo sucinto cada una de ellas, añadiendo alguna que otra observación que pensamos de interés para el lector. La primera sección está dedicada a la Biblia (pp. 23-182). Se compone de once contribuciones, que estudian el tema en el conjunto de los libros sagrados de la biblia cristiana desde el Pentateuco al Apocalipsis, como una exigencia del hecho de que “Dios ha hablado” y de que la plegaria es precisamente el encuentro entre la Palabra de Dios y la respuesta humana. En este sentido, hay tres trabajos que se conectan fácilmente entre sí y que van más allá del aspecto histórico. Ante todo, el papel del Espíritu Santo en la oración (pp. 132.141) que, siendo amor, enlaza el amor de Dios hacia el hombre y de éste hacia Dios. Luego, el amor como plegaria originaria en el Cantar de los Cantares (pp. 75-86) y, por último, María, Madre del divino Amor, como modelo de oración (pp. 173-182).

Pasamos ahora a la sección de la teología de la oración, que es la más amplia (pp. 183-452), y que está dividida en cuatro partes: Doctrina con doce entradas, formas de oración con quince, medios con cinco y actitudes con tres. Original nos parece la antropología de la oración (pp. 187-194), porque del concepto de hombre depende el concepto de oración, los modos, los medios y las actitudes al orar. La presencia cristológica, pneumatológica, trinitaria y eclesiológica en la oración (pp. 204.221) es algo digno de ser valorado. En sintonía con los

Padres de la Iglesia, la pureza de corazón, es decir del hombre en todos los ángulos de su interioridad, es bien subrayada como requisito para una oración fervorosa y fecunda (pp. 249-264). Acerca de las formas de oración, es interesante la meditación "mística" (pp. 336-340) en el recogimiento y silencio interior, sea que se presente como unión íntima con el Trascendente mediante la reflexión sea que adopte la forma de meditación con "visión interior". Respecto a los medios señalamos el rezar con iconos (pp. 411-418) y, en cuanto a las actitudes el lugar del cuerpo y de la danza en la oración (pp. 426-436).

Las secciones tercera (Patrística) y cuarta (A lo largo de la historia) abordan la oración cristiana en su realización histórica de veinte siglos. Se estudia la oración en los Padres griegos (pp. 455-480) y en los latinos (pp. 481-506); tal vez hubiera sido provechoso añadir una reflexión sobre la oración de los Padres del Desierto, puesto que son auténticos maestros. En el recorrido por los siglos de oración cabe mencionar la oración desde el Vaticano I al Vaticano II (pp. 583-597) y desde el Vaticano II hasta nuestros días (pp. 598-611). Merece destacarse también la oración en la experiencia y en la enseñanza de Pablo VI (pp. 626-638) y la oración en la enseñanza de Juan Pablo II (pp. 639-651), dejando fuera la experiencia que fue igualmente un aspecto esencial en la vida de Karol Wojtyła.

La oración en algunas áreas geográficas es el título de la quinta sección. Se analiza la realidad de la oración en los diversos Continentes, y además se brinda a los lectores la experiencia de la oración en algunas etnias del Brasil (pp. 669-678) y en la tradición espiritual japonesa (pp. 710-718) en su relación con la oración cristiana. Entramos ahora en las escuelas de oración, bien conocidas; puede ser provechoso tomar nota de las dos últimas contribuciones: la oración en Taizé (pp. 976-980) y en

los movimientos eclesiales (pp. 981-1016). En la sección siguiente, que trata de la pastoral de la oración, conviene resaltar el que se haya distinguido la especificidad en la oración de los niños y adolescentes (pp. 1028-1034), de los jóvenes (pp. 1035-1048), de los sacerdotes (pp. 1068-1079), de los laicos (pp. 111-1114); notable es también el que se haya querido relacionar en varias contribuciones la oración y la política (pp. 1123-1125), el trabajo (pp. 1126-1128), la enfermedad (pp. 1129-1138) y los medios de comunicación (pp. 1139-1152). La última sección está dedicada a la oración en las confesiones cristianas y en las religiones no cristianas, poniendo de relieve la oración como fundamento del ecumenismo (pp. 1163-1171) y el hecho mismo de que en una enciclopedia católica sobre la oración se haya querido incluir el modo de orar de otros cristianos y de los no cristianos. En el apéndice, que bien podría haber sido la novena sección, se considera la relación entre la oración y algunas ciencias humanas, en particular la filosofía (pp. 1249-1257), la psicología (pp. 1258-1268), el arte (pp. 1269-1277) y el música y el canto (pp. 1278-1284). Esto es algo novedoso, que está en sus inicios, pero que no deja de tener su valor e importancia en la actualidad. La enciclopedia está equipada con todo el aparato crítico propio de estas obras: colaboradores, abreviaciones y siglas, bibliografía, índice de temas y de nombres de personas.

Estamos ante una obra monumental sobre la oración, un punto seguro de referencia para los profesores de teología espiritual, para los formadores de seminarios y comunidades religiosas, para directores espirituales, para todo el que quiera ahondar en algún aspecto de la oración como se ha expresado históricamente y como se vive en la actualidad.

**Antonio Izquierdo**

MARKUS BORG - NICHOLAS T. WRIGHT, *Quale Gesù? Due letture*, Claudiana, Torino 2007, 319 pp.

En esta obra, dos expertos exegetas, amigos entre sí, pero con posiciones diversas en relación a la Escritura hebraico-cristiana, exponen para el gran público su personal visión de Jesús a partir de los principios y métodos exegéticos que han guiado el quehacer científico y pastoral de cada uno de ellos. Los autores, manteniendo sus propias posiciones, dialogan entre sí (cada uno ha enviado al otro lo que ha escrito, antes de publicarlo), mostrando los muchos elementos comunes entre ellos respecto a la figura de Jesús y señalando a la vez los puntos divergentes. En el fondo, cada uno de ellos representa dos posiciones netas de la exégesis actual: la así llamada, por usar términos políticos más que científicos, exégesis conservadora (Tom Wright, anglicano, canónigo de la catedral de Westminster y *visiting profesor* de la Harvard Divinity School) y la exégesis progresista (Markus Borg, luterano americano, profesor emérito de religión en la Oregon State University).

El libro consta de ocho partes. En cada una de ellas se expone la visión de cada autor. En la primera parte se toca el tema del modo que podemos conocer a Jesús. Borg pone el acento en las fuentes históricas (pp. 13-26), Wright en la fe (pp. 27-40). En la segunda parte se aborda el tema de la vida de Jesús. Wright insiste en Jesús predicador del Reino, con la conciencia de ser él el rey que ha de venir (pp. 41.6), Borg, por su parte, enfatiza algunos rasgos del Jesús histórico: místico hebreo, exorcista, profeta social, fundador carismático, profeta del Reino (pp. 69-100). La muerte de Jesús es el tema de la tercera parte. Borg no acepta que Jesús de Nazaret diese un valor salvífico a su muerte, esto es más bien un producto post-pascual (pp. 103-

119); Wright, al contrario, considera fundamental que en la mente de Jesús había la intención de dar una interpretación salvífica a su muerte (pp. 121-136). Pasamos a la cuarta parte que trata de la resurrección de Jesús. Para Wright, la resurrección proclama y confirma que la cruz fue una victoria, no una derrota; que con la resurrección inicia la nueva creación (pp. 141-159). En cambio, Borg subraya que el mensaje central de la Pascua es: “Jesús vive” y “Jesús es el Señor” (pp. 161-177).

A continuación, en la quinta parte se afronta el tema de la divinidad de Jesús. Borg admite que Jesús es la “revelación decisiva, no única, de Dios” (pp. 181-194), mientras que Wright manifiesta su divinidad sobre todo mediante las figuras divinas del Antiguo Testamento como Rey y Pastor (pp. 195-208). Sobre el nacimiento de Jesús, al que se dedica la sexta parte, Wright sostiene claramente la concepción virginal (pp. 211-220); Borg, en cambio, la interpreta no como “una maravilla de la biología”, sino como una profesión de fe y de fidelidad a Jesús del cristianismo de los orígenes, comunicada en forma narrativa” (pp. 221-230). La penúltima parte considera la segunda venida de Cristo. Según Borg, la segunda venida de Jesús surge de la comunidad cristiana de los orígenes a impulsos de varios factores, entre ellos la destrucción de Jerusalén y del Templo (pp. 233-242); Wright, por su lado, considera la segunda venida como la “presencia” de Jesús en la futura creación del cosmos de parte de Dios (pp. 243-251). Respecto a la última parte, dedicada a exponer en qué consiste la vida cristiana, Wright resume en el culto y la misión los aspectos esenciales de la misma (pp. 255-278), a su vez Borg pone el acento en una interpretación relacional de la vida cristiana, cuya dinámica central no es el creer, sino el vivir en la tradición cristiana como un sacramento cuya finalidad es hacer de mediadora del Espíritu y transformar nuestras vidas (pp. 280-301).

Hay muchos elementos positivos en las dos posiciones. Personalmente, concuerdo más con la mayoría de las posiciones de Wright, aunque la completaría con algunos puntos, de mayor calado histórico y metodológico, acentuados por Borg.

### Antonio Izquierdo

GRAZIANO BORGONOVO - KRZYSZTOF CHARAMSA (a cura di), *Eucaristia e Libertà. Percorsi di formazione sacerdotale, vol. II*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2006, 327 pp.

A veinte años de su fundación, el Seminario Filosófico-Teológico Internacional "Juan Pablo II" (Roma) ha querido celebrar este aniversario con un congreso, cuyas actas han sido recogidas en dos volúmenes bajo el mismo título: "Recorridos de formación sacerdotal". El primer volumen con el subtítulo "Para que se engendre la *forma Christi*" y el segundo, que estamos reseñando, con el de "Eucaristía y libertad". Los editores de ambos volúmenes son Graziano Borghonovo y Krzysztof Charamsa, respectivamente Rector y Prefecto de estudios del Seminario. Teniendo en cuenta los temas tocados en el primer volumen, que atañen "la formación humana, el encuentro existencial con los maestros y los testimonios" (p. 5), exponemos a continuación la temática del segundo volumen, que comprende un testimonio, una primera parte sobre la Eucaristía, una segunda sobre la libertad, y conclusiones.

Mauro-Giuseppe Lepori testimonia la centralidad de la Eucaristía en la vida de Mons. Eugenio Corecco, obispo de Lugano, miembro del Consejo Episcopal del Seminario Internacional hasta cuando la Congregación para la Educación católica ha firmado el decreto de erección canónica del mismo (1986-1989). Para el señor Obispo la Eucaristía "es el centro de la vida, el punto de

referencia y el modelo al que debemos dirigir diariamente la mirada" (p. 11).

En la primera parte sobre la Eucaristía (pp. 25-134) intervienen como conferencistas los siguientes: R. Cantalamessa, M. Hauke, A. Miralles, M. Costa, J. O. Egbulefu, J. A. Di Noia, T. Stramare, K. Charamsa y el cardenal Z. Grocholewski. Son tratados temas de grande trascendencia en la formación del sacerdote y en el futuro ejercicio ministerial. Entre otros, la Eucaristía, nuestra santificación; fuente y culmen de la vida cristiana; centro de toda la vida del seminario y de todo el apostolado sacerdotal; encuentro personal con Jesús. Una nota lírica la pone K. Charamsa presentando a santo Tomás de Aquino, cantor de la Eucaristía.

Nueve son las intervenciones en la segunda parte sobre la libertad (pp. 137-288). Después de las de L. Clavell y Ch. Morerod, continúan las de S. Grygiel, G. Mazzotta, F. Botturi, G. Marengo, B. Mondin, para terminar con las de G. Borghonovo y Mons. J. M. Miller. De entre los temas expuestos destaca los de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (Ch. Morerod), la enseñanza de Juan Pablo II sobre la libertad en los discursos a los seminaristas (G. Borghonovo) y la libertad en la vida sacerdotal (Mons. J. M. Miller).

En las Conclusiones (pp. 291-322) se pone ante todo de relieve el "único gran don para la Iglesia de Dios" que ha sido Juan Pablo II y ahora Benedicto XVI. Luego se añaden algunas intervenciones que tuvieron que ver con los acontecimientos del año 2005: la muerte de Juan Pablo II y la elección de Joseph Ratzinger como su sucesor con el nombre de Benedicto XVI. Queremos resaltar el discurso de Benedicto XVI en el encuentro con los seminaristas durante la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia (2006), el testimonio del Santo Padre sobre su predecesor en la silla de Pedro al conmemorarse el primer aniversario de su muerte y el testimonio de Mons.

R. Boccardo en el que cuenta su experiencia personal como estrecho colaborador de Juan Pablo II en la organización de las Jornadas Mundiales de la Juventud y luego secretario del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales.

Con estas sencillas indicaciones, el lector se dará cuenta de que es un libro muy “apetecible” para quienes son formadores en los seminarios de las diversas diócesis del mundo, pero no menos para los centros de formación de los religiosos destinados al sacerdocio. Un seminarista con una sólida formación humana, la Eucaristía al centro de su vida entera y la libertad como base de su actuar cotidiano asegura, en gran parte, un fecundo ministerio sacerdotal y la perseverancia final.

#### **Antonio Izquierdo**

ZENON GROCHOLEWSKI, *Universitatea Azi. Universităt Heute*, Editura Fundatiei Pentru Studii Europene, Cluj-Napoca 2010, 181 pp.

Es un honor reseñar esta obra del cardenal Grochowski, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica. Andrei Marga titula su introducción al libro: “Un evento y un homenaje”. Es un evento, y de gran calado, el publicar, en rumano y en la lengua original en que fueron publicadas, las conferencias que el Cardenal ha impartido en los últimos años en este país de fuerte tradición cristiana y cultural. Es un homenaje debido a un eclesiástico que ha servido a la Iglesia, y la continúa sirviendo, con su ciencia canónica, con su capacidad de diálogo con otras denominaciones cristianas y otras culturas, por sus esfuerzos en conciliar enseñanza y verdad, fe y razón.

En esta obra se recogen cinco conferencias y una entrevista, tocantes todas el tema de la universidad. Pero no en abstracto, sino hoy. En otras palabras, el puesto de

la universidad católica en el concierto de las universidades de Rumanía, (podría extenderse a Europa), ante los retos que afronta el saber científico, académico y la sociedad. La última conferencia, dictada en la Universidad Babes-Bolyai (Cluj-Napoca), febrero del 2009, aborda directamente este tema: “¿Qué tipo de universidad necesita Europa hoy?” (pp. 133-158). El cardenal resume su visión de la universidad en cuatro puntos: la Universidad ha de continuar siendo, en el sentido más abarcador de la palabra, *Universitas*; Europa necesita universidad con un claro perfil y una clara identidad; la filosofía y la teología han de continuar siendo parte esencial de las ciencias universitarias; y, finalmente, Europa necesita universidades que no sólo transmitan ciencia, cualificación y habilidades, sino que formen hombres integralmente.

Tres temas de gran importancia para las universidades fueron tratados en tres respectivas conferencias. El primero, la relación entre universidad y globalización (pp. 49-60), en la misma universidad ya mencionada, en junio del 2006; el Prefecto de la Congregación para la Educación católica indica con mucha claridad las líneas de una justa orientación de la globalización: ha de estar al servicio de la persona humana y al servicio de la solidaridad. Para lograr esto, las facultades eclesásticas desempeñan un rol insustituible. El siguiente tema se refiere a la formación (*Bildung*) impartida en la universidad en su relación a la verdad (pp. 75-86). Se parte de una afirmación de Juan Pablo II: el hambre de Verdad como objetivo y meta fundamentales del espíritu humano; de ello se deduce que hay que educar a la verdad y testimoniarla; finalmente, expone la convicción de que la verdad conduce a la libertad, y que la Verdad tiene una dimensión religiosa. El último tema aborda con competencia y originalidad la relación entre “fe y razón” (pp. 123), subrayando la complementariedad

dad y la ayuda mutua que han de ofrecerse.

En la primera intervención, tenida en la universidad de Bucarest al recibir el doctorado *honoris causa* (junio del 2006), se propone un tema candente como es el de la teología en el seno de la universidad (pp. 17-31). La facultad de teología no puede ser sino un elemento integral de la realización de la misión confiada a la Iglesia; de aquí se deriva su especificidad: conformidad con la enseñanza de su propia Iglesia; testimonio de la fe y de la vida cristiana; conciencia de la participación a la misión de la Iglesia; unión con Dios por medio de la oración; inculturación y colaboración, diálogo ecuménico. A continuación se toca el tema de las facultades de teología dentro de las universidades señalando, de un lado, los campos de una colaboración constructiva: el desarrollo moral en el desarrollo técnico, la centralidad del hombre en la investigación y enseñanza, la búsqueda de sentido ante la fragmentación del saber, búsqueda desinteresada de la verdad, diálogo entre la fe y la razón; y, por otro, el hecho de que las universidades enriquecen a su vez las facultades de teología, estimulándolas a profundas reflexiones y a un diálogo constructivo.

Las universidades y facultades teológicas han de estar agradecidas al cardenal Grocholewski y a la editorial Editura Fundatiei Pentru Studii Europene por poner al alcance de todos estas claras y profundas reflexiones sobre la universidad y su papel en la construcción dinámica de Europa.

**Antonio Izquierdo**

VITTORIO FUSCO, *Nascondimento e Rivellazione. Studi sul vangelo di Marco*, Paideia, Brescia 2007, 199 pp.

La editorial Paideia ha querido publicar toda una serie de artículos, seis en total, de

Víctor Fusco (1939-1999), atinentes todos ellos temas relativos al Nuevo Testamento. Han sido ya editados dos volúmenes (2000 y 2003) bajo el título *De Pablo a Lucas*. La presente obra recoge los estudios de Fusco concernientes al evangelio según san Marcos. En ellos estudia Fusco, apreciado profesor de exégesis del Nuevo Testamento y posteriormente obispo, la originalidad y figura compleja del evangelista Marcos, y algunos aspectos literarios, históricos y teológicos del evangelio marciano.

De carácter literario es un breve artículo sobre el *minor agreement* de Mt 13, 11a (Lc 8, 10a) contra Mc 4, 11a (pp.123-131). Después de verificar el hecho y demostrarlo rigurosamente, concluye con una observación muy atinada: "Sería incorrecto dar excesivo peso a este acuerdo menor tanto para oponerse a la teoría de las dos fuentes como para favorecer otras teorías sinópticas (*Ur-Markus*, doble redacción del evangelio, *Grundevangelium* anterior a Marcos, Marcos intermedio)" (p. 131).

El primero, titulado "Marcos", y el último, "Adversarios de Pablo – adversarios de Marcos" son principalmente estudios de carácter histórico, pero que denotan una fuerte presencia teológica, algo en cierta manera inevitable, pero digno de tenerse en cuenta en una buena metodología exegética. Tras un recorrido histórico de la interpretación acerca de este evangelio y de su estructura, se afirma netamente algo que me encuentra en pleno acuerdo: la conjunción, aunque también distinción, entre pasado y presente, entre cristología y eclesiología; por tanto, no dos cristologías, sino "memoria de Jesús que es presencia y esperanza" (p. 24). En el segundo estudio se analiza un cierto contacto entre el anti-paolinismo y los adversarios de Marcos. Se presenta el *iter* interpretativo sea del anti-paolinismo sea del antimarcianismo. A continuación se ofrecen las reacciones a esta hipótesis, concluyendo con algunos

problemas abiertos. Las páginas dedicadas a los problemas que suscita la hipótesis del *theios aner* (pp. 169-186) son muy completas e iluminadoras.

Restan otros tres artículos, centrados en el tema de la revelación. El primero, “la economía de la revelación” (pp. 27-72), y el siguiente, “el secreto mesiánico en el episodio del leproso (Mc 1, 40-45) (pp. 74-122)”, están estrechamente unidos, y son sin duda los análisis más amplios y profundos. Marcos expone la economía de la revelación, según Fusco, bajo el ropaje temático del secreto mesiánico, de la enseñanza aparte a los discípulos, de la ininteligencia de los mismos. A través de ellos se pone de relieve la diversidad de tiempos: época pre-pascual y post-pascual, y la diversidad de grupos: extraños y discípulos. La ininteligencia subrayaría la diversidad de tiempos, dejando en oscuridad la diversidad de grupos; la instrucción aparte resaltaría la diversidad de grupos, y no de tiempos; finalmente, el secreto mesiánico acentúa la diversidad de tiempos: conocimiento privilegiado concedido a los discípulos ya en fase pre-pascual pero sobre todo post-pascual y la falta de inteligencia de los discípulos en el período pre-pascual. Pasando al secreto mesiánico Fusco afronta primeramente las dificultades de interpretación y las posibles conjeturas interpretativas. A continuación, el autor somete a examen sincrónico el texto de Mc 1, 40-45 en su articulación compositiva y en su contexto literario. Termina con una explicación diacrónica hipotizando posibles estratos premarcanos, evidenciando el trabajo redaccional de Marcos y concluyendo con una *praesumptio* positiva a favor de la historicidad del episodio.

Llegamos al último artículo sobre “revelación de Jesús – Revelación de Dios” (pp. 132-158). Se toca aquí un aspecto acuciante de la teología marcana. ¿El Dios de Jesucristo es en Marcos el mismo Dios

del Antiguo Testamento? ¿Cómo expresa Marcos la continuidad en la discontinuidad? ¿Qué papel desempeña en la revelación *de Dios* el misterio de la muerte de Jesucristo sobre la cruz? A estas preguntas busca dar respuesta el autor mediante una reflexión que atañe a los tres grupos principales que tiene en cuenta su evangelio: los paganos, los judíos y los discípulos; todos ellos, en cierta medida, prefiguran a los cristianos. Las páginas dedicadas al análisis del relato del Calvario como evento de revelación (al igual que de salvación) son muy estimulantes y convincentes.

Aunque se trate de estudios publicados originariamente en los años ochenta del siglo pasado, pienso que no han perdido su actualidad, y sobre todo que pueden ayudar a los lectores a descubrir los frutos que proporciona la seriedad de la investigación, el uso de una metodología rigurosa y la presencia de la dimensión teológica en todos ellos, al tratarse de análisis sobre un libro de revelación y de salvación.

**Antonio Izquierdo**

ETTORE MALNATI (ed.), *Il nostro sacerdozio. Il Presbitero nel magistero dell'Arcivescovo Montini (1954-1963)*, Editrice Rogate, Roma 2009, pp. 204.

Entre los libros que se pueden recomendar para la lectura personal de los sacerdotes se puede incluir el libro recientemente publicado bajo la dirección de don Héctor Malnati, de Trieste. En la obra, titulada “Nuestro sacerdozio”, se recogen textos de las homilías y de los discursos del arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini, luego Pablo VI, y ofrece una especie de viaje espiritual en la profundidad de la espiritualidad montiniana, haciendo ver que en el corazón del futuro Papa vibraba la reflexión constante y muy sensible sobre el ser y el obrar, a la vez que sobre la vida espiritual



del sacerdote. En efecto, son tres los grandes temas en torno a los cuales se reúnen los textos. Primeramente los dedicados a la identidad, luego los de la misión y finalmente los de la espiritualidad. Se ofrece así un recorrido ordenado y bien razonado sobre la enseñanza pastoral de Montini acerca del sacerdocio, adaptado a una lectura espiritual. El redactor antepone oportunamente a cada texto montiniano una breve y útil nota histórica, que sitúa el discurso en el contexto y capta su punto principal.

Bastaría recorrer los títulos de los textos propuestos para percibir con eficacia el gusto y la riqueza de la enseñanza montiniana, anclada en la Sagrada Escritura y en la Tradición y, precisamente por ello, con una visión muy actual y llena de vitalidad. Traemos a colación sólo algunos títulos relativos a la identidad del sacerdote, que constituyen en sí verdaderos y propios indicadores de camino: “Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”, “Alter Christus”, “El espíritu del Pastor”, “Configurados a Cristo y entregados a la humanidad”, “Eucaristía y ministerio sacerdotal”, “La acción debe brotar de la contemplación”, “el sacerdocio ministerial de mediación entre Dios y los hombres”. El mismo arzobispo Montinini, casi a modo de premisa, describía así el ser sacerdotal en el contexto de la misión de Milán de 1957: “Nuestra investidura sacerdotal es un misterio; una realidad sobrenatural –divina y por ello inefable– que se ha producido en nosotros: si la perdemos de vista, recaemos también nosotros, con desgraciada facilidad, en la “conciencia humana”, o sea, en aquel modo de sentir y pensar que no está a la altura de nuestra vocación... La investidura sacerdotal... no hay nada más grande de aquello que el Señor nos ha concedido. Cualquier honor y cargo se anulan y desaparecen ante el juramento divino: ‘Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec’ (Sal 109, 4)” (pp. 9-

10.12). En el sacerdocio, efectivamente, como dijo en una homilía de ordenaciones en 1962, “ha sido concedido un don sin retorno, un poder que no se puede renegar un carácter de tal modo impreso que no hay nada alegre o triste que lo pueda cancelar” (p. 23). En las palabras de Montini se hallan verdaderas perlas de reflexión teológica y doctrinal formada en la escuela de los Padres de la Iglesia, pero no carecen de un espíritu pastoral muy marcado. Precisamente admirando las alturas de la propia vocación, llega a la clara recomendación sobre el ministerio de los sacramentos, cuando dice a los sacerdotes: “¡Busquemos confesar bien! ¡Que ningún penitente reciba de nosotros la absolución sin saber qué cosa es la absolución! ¡Que todos perciban –al menos por la gravedad con que ejercemos este ministerio, por la paciencia, la modestia y la comprensión con que nos sentimos instrumentos de Cristo– que en ese momento se realiza en ellos el misterio de su resurrección, de modo que se vayan del confesionario renovados y con algún propósito que se traduzca luego en novedad de vida” (pp. 15-16).

Sobre la relación entre sacerdocio y eucaristía, queremos mencionar algunas líneas de Mons. Montini sobre “la acción más grande del sacerdocio”: “La Eucaristía nace de nuestras manos, como consagrantes; y somos tales porque Cristo consagra por medio de nosotros; porque Él vive en nosotros y nos confiere sus poderes con una semejanza que nos advierte sobre cómo Jesús, antes de hacerse presente en el sacramento de la Eucaristía, con presencia real, se ha hecho presente en nosotros con el sacramento del Orden, con presencia mística y potestativa, haciéndonos personas especiales, distintas del pueblo, y por ello obligadas a una relación con Cristo íntima, especial, personal, profunda. Este es un aspecto de nuestra vida que nos “secuestra” de los demás, y crea en nosotros una

forma de vivir, de pensar y de obrar que ha de encontrar en sí misma una cierta suficiencia de autoridad, de modo de vivir, de sentimientos. La Eucaristía nos absorbe...” (pp. 47-48).

Son muchos los pensamientos agudos y sabios que inspira la lectura de los textos de Montini sobre el sacerdocio. En ellos hallamos las sólidas lecciones de una escuela segura formada según la sabiduría de santo Tomás de Aquino, citado y comentado muchas veces, y de los santos pastores, como el apóstol Pablo, Agustín, Gregorio Magno, Ambrosio, Carlos Borromeo, Felipe Neri, Juan Bosco. Hallamos además preciosas reflexiones inspiradas por las mejores mentes teológicas de tiempos más recientes, como de Lubac, Journet, Merton, etc.

En el año sacerdotal, “una ocasión propicia para crecer en la intimidad con Jesús” (Benedicto XVI, 19.06.2009), este libro puede ayudar a reforzar el compromiso sacerdotal —con la conciencia de que Cristo es nuestra vida y con los mismos sentimientos de Jesucristo— de “celebrar en la vida diaria la ley suprema de la caridad, que es el sacrificio, el don de sí para la salvación de los demás” (p. 201).

### **Cristoforo Charamsa**

LUIS MANUEL LAUREÁN CERVANTES, *Los gallos de Picazo o los derechos de Dios. Biografía de José Sánchez del Río*, El Arca, México 2007, 200 pp.

Hace pocos años fue beatificado el adolescente José Sánchez del Río, mártir en la gesta cristera con que la noble nación mexicana nos ha dejado deslumbrados. El autor del presente libro nos ofrece en él la historia épica de aquel héroe. Nació José el año 1913, en Sahuayo (Michoacán). Este pueblo, de unos 10.000 habitantes, integrado en su mayoría por una población

española, con algunos núcleos de indígenas aztecas, se caracterizaba por un acendrado catolicismo, que florecería en abundantes vocaciones sacerdotales.

Con ocasión de nuestro estudio sobre el mártir Anacleto González Flores, expusimos los avatares que jalonaron el desencadenamiento de la persecución en México, una de las más crueles y gloriosas de la historia de la Iglesia. El autor del libro que estamos comentando nos recuerda cómo dicha persecución se pergeñó en 1917, al proclamarse una nueva Constitución, el año mismo en que estalló la revolución soviética. Los constituyentes eran en su mayoría masones y jacobinos anticlericales, varios de ellos seminaristas resentidos y frustrados, nos recuerda el padre Laureán. Algo semejante aconteció en el naciente socialismo ruso. Cuando Dostoiewski se refiere a los círculos revolucionarios que se fueron gestando en su época, suele incluir en ellos a algunos seminaristas, cuyo odio era mayor al del común de los enemigos de Cristo, una especie de odio más teológico, si cabe. El conflicto en México llegó a su paroxismo con el presidente Calles, quien resolvió aplicar puntualmente los artículos más hostiles a la Iglesia Católica de aquella Constitución. Fue la llamada “Ley Calles”. Bien afirmaría su sucesor, el presidente Portes Gil, al término de un banquete masonónico que tuvo lugar en 1929: “En México el Estado y la masonería en los últimos años han sido una misma cosa”. Calles llegó incluso a propiciar una Iglesia Nacional Mexicana, con Patriarca propio, independiente de Roma. Muchos católicos, profundamente heridos por todo lo que estaba aconteciendo, al ver que se les cerraba expresamente toda otra opción, comenzaron a considerar seriamente la posibilidad de tomar las armas. En 1926 el episcopado hizo pública una pastoral colectiva donde, tras condenar la persecución, señalaba la legitimidad de dicho alzamiento armado,

libre y legítima opción de los laicos católicos, dadas las condiciones imperantes. En el mismo año el papa Pío XI hizo pública una encíclica concordante con la declaración de los obispos.

El heroísmo comenzó a hacerse contagioso. Un muchacho de 17 años, Leopoldo Cepeda Gálvez, fue condenado a muerte. Poco antes de expirar se le oyó exclamar: "Viva Cristo Rey en mi corazón, en mi casa y en mi Patria". Era la proclamación palmaria de la Realeza de Cristo, individual, familiar y social, es decir sobre los corazones, sobre las familias y sobre la Patria. No otra cosa es la Cristiandad. Nuestro José Sánchez del Río vivió ese clima de combate y heroísmo, que se iba generalizando entre los mejores católicos. Un niño de su edad, José María García, al ver partir a sus hermanos a la lucha exclamó: "¡Quiero estar grande para ir a morir con Cristo!".

¿Qué sucedía mientras tanto en Sahua-yo? Más de 2500 personas se habían adherido al alzamiento, muchos de ellos tomando las armas. Nuestro José fue de los primeros en presentarse, pero no lo admitieron "hasta que cumplierse diecisiete o dieciocho años". Tal fue la respuesta del general. Pero él insistió, a pesar del llanto de sus padres, recurriendo a jefes cristeros de mayor renombre para que intercediesen por él. "¡Nunca ha sido tan fácil ganarse el cielo!", decía. Era ésta una sentencia en boca de todos los chicos de su edad. Él quería "morir en la raya al lado de Jesucristo". Por aquellos días se enteró de la gloriosa muerte del "maestro" Anacleto González Flores, así como del padre Agustín Pro. Insistió entonces ante sus padres. Las objeciones de éstos no lo convencieron: que apenas era un adolescente, que poco podría servir a la causa, que no aguantaría vivir a la intemperie y en la zozobra. Por fin consintieron, con la condición de que pidiera ser ayudante del capitán, abanderado o corneta. Al verle por primera vez los cris-

teros pensaron que era demasiado chico, que sólo serviría para cuidar caballos o ser mandadero. Pero él se sentía feliz, junto con algunos compañeros de su edad, llevando la vida de los soldados. Pronto los veteranos comenzaron a admirarlo, y le enseñaron a tocar la corneta. Quedó así a las órdenes del general Luis Guízar Morfin, quien para protegerlo le ordenó que estuviera siempre a su lado, custodiando la bandera. De este modo participó, desde su puesto de corneta, en varios combates, mostrándose siempre valeroso.

En una de las batallas el caballo del general cayó fulminado, debiendo su jinete saltar para no quedar atrapado. Todos sus soldados se dispersaron. José, con el rostro sudoroso y la bandera en la mano, le gritó: "Mi general, aquí está mi caballo". No, le respondió, huye tú. "Yo soy chico. Usted hace más falta que yo. ¡Viva Cristo Rey!". El jefe cristero saltó entonces sobre el animal y salió al galope. Los soldados enemigos rodearon a José y a otro joven que encontraron por allí, llamado Lorenzo, y comenzaron a empujarlos, profiriendo blasfemias que los muchachos nunca habían oído. "¡Me han apresado —exclamaba José—, pero no me he rendido!". Lo encarcelaron, entonces, junto con su compañero, en la cárcel de Cotija. Desde allí José escribió con lápiz esta carta a su madre:

"Mi querida mamá: fui hecho prisionero en combate en este día. Creo que en los momentos actuales voy a morir, pero no importa, mamá. Resígnate a la voluntad de Dios; yo muero contento porque muero en la raya al lado de nuestro Dios. No te apures por mi muerte, que es lo que me mortifica, antes dile a mis otros hermanos que sigan el ejemplo que su hermano el más chico les dejó; y tú, haz la voluntad de Dios; ten valor y mándame la bendición juntamente con la de mi padre. Salúdame a todos por última vez y tú, recibe por último el corazón de tu hijo que tanto te quiere y verte antes de mo-

rir deseaba: José Sánchez del Río”.

Ese mismo día fue trasladado al templo parroquial, quedando encerrado en el baptisterio. La iglesia, ocupada por la soldadesca, llena de pertrechos militares y de botellas vacías, se había convertido en caballeriza y gallinero. En un rincón estaban los caballos, y cerca del altar mayor numerosos gallos de pelea, algunos en los altares, otros en el comulgatorio y el púlpito, otros en el sagrario. Uno de los soldados, que había sido su padrino de bautismo, le ofreció a José la libertad si se avenía a entrar en el ejército federal. “¡Primero muerto! ¡Yo no me voy con los changos!”. Así llamaban a los federales. “¡Nunca con el perseguidor de la Iglesia! ¡Si me sueltan, mañana regreso con los cristeros! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”.

Llegó la noche. Nuestro joven héroe se dirigió al presbiterio. ¿Era posible que el templo donde había sido bautizado y donde había recibido la primera comunión, estuviera en esas condiciones, lleno de excrementos y convertido en lugar de francachelas? “Al menos no tendrán peleas de gallos”, pensó al retorcer el pescuezo a dos de ellos. Cristo había purificado el templo de mercaderes, él lo limpiaría de gallos de riña. Cuando al día siguiente llegaron los soldados y vieron lo ocurrido, se pusieron furiosos. “¿Sabes lo que has hecho? ¿Sabes lo que vale un gallo de riña?”. A lo que respondió: “Lo único que sé es que la casa de Dios no es palenque ni corral”. Uno de los soldados, queriendo quedar bien, le propinó una bofetada, haciéndolo sangrar. Cerca de él su compañero Lorenzo se mostraba temeroso. José le dirigió palabras de ánimo, poniéndole el ejemplo del padre Pro y de Anacleto González Flores.

A la tarde ambos fueron llevados a la plaza. A Lorenzo lo colgaron en un cedro. Al verlo así, José pidió que lo mataran a él también. Pero lo volvieron a llevar a la iglesia y lo dejaron encerrado, ahora solo, en el

baptisterio. Mientras tanto Lorenzo, que había sido dado por muerto, pero en realidad no lo estaba, logró escapar, regresando con los cristeros, José nunca lo supo, pero sus padres ofrecieron un rescate para que lo liberaran. Los federales se negaron. Sería un mal ejemplo y los cristeros lo tendrían por mártir. José escribió entonces una carta a su tía, firmando “José Sánchez del Río, que murió en defensa de su fe”.

Esa noche lo torturaron, tajeándole las plantas de los pies, y golpeándolo brutalmente, mientras él no cesaba de gritar “¡Viva Cristo Rey!”. Luego lo obligaron a caminar descalzo hasta el cementerio, ubicado a unas diez cuadras, en las afueras del pueblo. En medio de los insultos persistía en aclamar a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe. Tras romperle la mandíbula de un culatazo, para evitar que se escucharan los disparos lo apuñalaron en el pecho, el cuello y la espalda. A cada puñalada gritaba “¡Viva Cristo Rey!”. El cabecilla le preguntó con ironía: “¿Qué le vamos a decir a tu papá?”. José alcanzó a balbucir: “Que nos veremos en el cielo. ¡Viva Cristo Rey!”. Tras dispararle con una pistola, arrojaron su cuerpo a la fosa.

En su pueblo pronto conocieron los detalles de su pasión y comenzaron a invocarlo como a mártir. Su muerte fue semilla de vida cristiana en Sahuayo. Poco después se reconstruyó el templo donde él había sido encarcelado. Todos los chicos querían ser como él, todas las madres querían tener un hijo como él. En 1996 se inició el proceso de beatificación. Juntamente con algunos amigos argentinos tuvimos el honor de asistir en Guadalajara, el 21 de noviembre de 2005, a la ceremonia solemne de su beatificación, a la que accedió, en compañía de Anacleto y otros mártires cristeros. José murió defendiendo los derechos de Dios, como abanderado y corneta de Cristo Rey.

**Alfredo Sáenz**